

Poetas de Colombia

Por Juan Pablo ECHAGÜE

(En el Rep. Amer.)

¡Tierra prodigiosa la de Colombia!

Dois mares reflejan la gama de sus múltiples paisajes: lujo tropical en las selvas, eclógica verdura en los valles, inviolada blancura en las cumbres, llanos erizados de rubios pajonales, mesetas de fisonomía lunar, vegas de sonriente lozanía. ¿Cómo no habría de ser fuente de poesía este país favorecido con tanta maravilla natural? Facultad propia de sus hijos es percibir y traducir el recóndito lirismo del suelo nativo. Y por ser tierra de poetas ha dicho alguien que Colombia "se ha librado de la crueldad".

Bajo el signo de esta frase ha colocado Carlos García Prada las páginas de su reciente libro *Estudios hispanoamericanos*, en el cual analiza con singular agudeza y entrañable sentimiento nacional, el sentido de la obra de algunas de las figuras literarias más famosas de su patria. Este penetrante crítico no se detiene en exégesis de estilos ni en modalidades de escuelas: va hasta las raíces de la motivación psicológica cuando estudia la floración del lirismo y pone de resalto la unión del poeta con la entraña cósmica que le dió el ser, le modeló el sentir y alimenta cada día la llama de su genio con hondos acentos de perduración.

Según García Prada, Colombia "subyace" en el alma de cada poeta, y triunfa en las más bellas páginas de sus hombres de letras. Abrese el libro de este autor con una magnífica descripción de su patria. Para seguir luego sus razonamientos, y apreciar el alcance de sus juicios, fuerza es tener presente en el espíritu una visión del paisaje colombiano, que "desafía los más finos poderes descriptivos del hombre y causa en él impresiones de orden muy diverso, y aun contradictorio". El crítico traza sin embargo, en magistrales páginas, una maravillosa imagen de su tierra.

La crítica de García Prada no sigue las sendas de Taine. "Sin aceptar nosotros —dice— la ingenua tesis positivista que propuso M. Taine... mostraremos sí, que también existen en Colombia, en planos relativamente definidos, varios climas estéticos que hacen inestable y dinámico el genio colombiano. Este interesante fenómeno se puede señalar y comprobar, si se observan los lugares donde nacieron o pasaron su adolescencia nuestros poetas líricos principales, y se relacionan con las poesías en que han expresado sus actitudes vitales; en los valles ardientes nacieron José Eusebio Caro y José Eustasio Rivera; en los templados Diego Fallon, Max Grillo, Ricardo Nieto y Porfirio Barba Jacob; en los tibios Guillermo Valencia y Rafael Maya; en las mesetas frías Rafael Pombo y José Asunción Silva, y en los páramos vivió, de los dos a los veinte años, Germán Pardo García".

He aquí pues, que el genio lírico de Colombia canta en los labios de todos los citados poetas, con el acento multiforme de sus paisajes, y si Rivera es el "dramático colorista" de la selva, y Silva "la meseta fría del Ande, donde el tedio es gracia alada e ironía fina y trascendente", o Pardo García "el páramo escueto" y desolado, o Pombo "el paisaje entero de Colombia, con sus climas geográficos y poéticos", cabe todavía una inmensa dosis de

individualismo irreductible, de "yo" rebelde en cada uno de estos intérpretes de la tierra materna. Y a ese estudio personal, íntimo y revelador consagra García Prada las páginas dedicadas a cada poeta.

Destácanse entre ellas por sus claros enfoques las que analizan la obra lírica de José Asunción Silva y de José Eustasio Rivera, poeta este último que vió la luz en la embrujada atmósfera del valle tropical de Neiva. José Asunción Silva es el hombre de la sabana de Bogotá, meseta solitaria y yerma casi siempre, cual si se hubiesen sembrado en ella cenizas seculares de muertas civilizaciones aborígenes antaño florecidas en ella. País melancólico, espiritualizado su pausado vivir, bajo cielos pálidos y follajes transidos. No hay colores vivos en este mundo de las alturas andinas —nos dirá el crítico—. "Allí todo se entumece entre gasas impalpables de gris melancolía..." Silva, nacido en Bogotá, de continuo entregado a la inefable voluptuosidad del recuerdo en la ciudad ensimismada... es el fino cantor de intimidades melancólicas y nostálgicas, con cierto escepticismo que también parece haber sembrado de cenizas su corazón. Nadie como él ha visto, con la mirada que hará luego revivir la imagen, el cuadro de su ciudad natal nebulosa y aterida:

La luz vaga... opacó el día...

La llovizna cae y moja

Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta

[y fría;

Por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja

Un opaco velo, de letal melancolía,

Y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete

[y se recoja

Al mirar las nieblas grises de la atmósfera

[sombria...

Afirma García Prada, que si bien pueden descubrirse reminiscencias de Poe en estos versos, jamás su contenido estético, indisolublemente unido a su paisaje, se concebirá como un fruto de imitación; del mismo modo que en el famoso *Nocturno* de Silva, late el misterio de las noches sabaneras.

Rivera, el hombre de los pajonales ardientes y de las selvas hispídas, expresó su visión "trágicamente bella de la vida y de las cosas", en versos estremecidos:

Soy un grávido río, y a la luz meridiana

Ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje;

Y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje

Se oye la voz solemne de la selva lejana.

Flotó el sol entre el nimbo de mi espuma

[liviana;

Y peinando en los vientos el sonoro plumaje,

En las tardes un águila triunfadora y salvaje

Vuela sobre mis tumbos encendidos en grana..."

Más tarde, en *La Vorágine*, el poeta de *Tierra de Promisión*, ha de expresar la soberbia belleza del paisaje materno, con la bárbara grandeza que él reclama.

Mas, distinto de ambos por la índole de su inspiración y por su posición frente a la vida, es sin duda Luis Carlos López, el pinto-

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)
está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

resco y célebre "tuerto López" que nació a la sombra de viejas piedras venerables en aquella Cartagena de Indias "en cuyo ambiente aristocrático antes y severo, ahora rancio, satisfecho y zumbón", vive el pasado señorial en inesperada camaradería con el abigarrado presente, entre jocundos colores del trópico, esplendor de flores, verdín de ruinosas fortalezas virreynales, ajetreos de puerto y picaresco discurrir de la vida por las calles. López es el poeta de chispeante ingenio popular, atento siempre "al alegre cascabeleo de la vida" desenfadado a ratos pero amable siempre, cáustico en ocasiones, pero tierno y sencillo, sin que lo agiten nunca las metafísicas ni los dramas de la conciencia. Poeta de la gracia picante y de los giros inesperados, en quien no halla cabida la melancolía ni siquiera cuando confiesa:

¡Ay!, mis rosas...

Me las comí hace tiempo en ensalada...

De este poeta socarrón que ríe libremente y sonríe con sabia finura a su capricho, dijo cierta vez Sanín Cano que poseía en realidad "una alma desvelada y llena de piedad comunicativa", y a fe que merece tal juicio quien así dulcifica con alegres ritmos las pequeñas miserias de la vida.

Tan distante de Luis Carlos López como lo está el alucinante Páramo del Verdón de la pintoresca Cartagena, se encuentra Germán Pardo García, poeta tremante de angustias, que en la soledad y por la soledad entonó sus pulidos cánticos. Admirables páginas por cierto las del estudio de García Prada, sobre la estrofa desasida de todo lo trivial, con que este poeta colombiano va ganando su clara jerarquía en el mundo literario de América. Enfoca el crítico al "poeta de la soledad" a la luz de sutiles reflexiones sobre la soledad misma en concepto español, y en el de la *saudade* lusitana, haciendo entroncar el cantar del lírico de Colombia con el inagotable fontanar hispano recibido en herencia por la raza; pero sin desvincularlo tampoco de aquellos páramos de su tierra natal, "mesetas onduladas y hue-